

Otras gentes

“Elvira me escribe desde París invitándome a que vamos a visitar el 29 de junio, en Boury, la tumba de Alberto”. Estas líneas de una carta fechada en Tokyo por una señora colombiana y dirigida a una amiga de Bogotá, llamaron vivamente mi atención.

¿Quién podía ser ese Alberto que así, sin apellido ni seña alguna se mencionaba? “Es, me respondió, extrañada de mi ignorancia, la dueña de la epístola, Alberto de la Ferronays, muerto en Francia, en el Castillo de Boury el 29 de junio de 1836”.

Quedábame aún otro interrogante de mayor interés. ¿Qué vínculo unía a estas tres señoras, colombianas todas, situadas a tamaña distancia unas de otras, —París, Tokyo, Bogotá—, en el recuerdo de un hombre muerto hace cien años, cuyo nombre se buscará en vano en la enciclopedia más prolija? ¿Qué corriente magnética mantiene presente en el espíritu de estas mujeres, a través del tiempo y la distancia, el nombre y el recuerdo de un sér que no dejó huella apreciable ni en las armas, ni el arte, ni en las letras; que no tenía con ninguna de ellas la menor afinidad de sangre o de nacionalidad siquiera? No era, sin embargo para mí, aquel nombre el de un desconocido. Cerré los ojos, y me consumí por algunos minutos en el pasado. Llegué a mi juventud, y recordé cómo había oído hablar muchas veces a las señoritas de mi tiempo y a algunas señoras de la generación anterior, de la familia de la Ferronays como de algo muy íntimo, casi familiar. ¿Es Ana, Helena, Elvira, Isabel, Julia, Margarita o Paulina, la que interrumpe la lectura, cuando entra el visitante, y pone el libro de pasta roja sobre la mesa al lado de la lámpara cuya luz vela una gran pantalla amarilla con encajes negros?

Toma el joven el libro —somos los hombres tan curiosos de saber lo que leen las mujeres— lo ojea y lo vuelve a su sitio con afectado desdén.

—¿Sigue usted tan entusiasta por Madame Craven?

—Siempre Roberto, si ustedes los hombres no fueran tan orgullosos, y se dignaran leer los libros que nos gustan a nosotras, encontrarían cosas muy buenas. Pero ustedes creen que todo lo que se escribe para nosotras, y más si es escrito por una mujer, son tonterías.

—No tanto, Inés, no tanto; usted sabe que consentí en leer a “Florángela” y la encontré muy interesante.

—¿Qué iba a hacer? Se la prestó su novia. Pero siempre se la ocultaría a sus amigos del Jockey, ¿no es cierto? En todo caso, “Florángela” es la más popular de las novelas de la señora Craven; pero, ¿a que usted no puede con “Le récit d’une sœur”?

—Tanto allá nó, me faltó valor. La principié una vez, pero la tuve que dejar; francamente me pareció pesada. Miré usted que esa historia en dos tomos de una familia que vivió una vida sin mayor interés, sin nada especial, sin drama, sin aventura, sin algo que atraiga o que sacuda fuertemente, en fin, sin emoción...

—Sin emoción nó, Roberto, sin emoción nó. Lo que hay es que ustedes tienen el gusto estragado por los platos fuertes. Han perdido el paladar para lo sencillo. Precisamente el mérito mayor de ese libro es que no tiene nada extraordinario. Es la vida de todos los días. Lo que a todas nos pasa, lo que todas sentimos, lo que nos entusiasma, lo que nos conmueve. Sin emoción, nó; lo que desborda allí es la emoción. Los amores de Alberto y Alejandrina no son falsos amores de novela. Es el amor que vemos todos los días, y todas nosotras sabemos que eso fue cierto, que todas las personas que figuran en el libro existieron; que hay familia de ellas en Europa; que el conde de Mun que figura hoy en la política de Francia, es sobrino de Alberto de la Ferronays...

—No me hable usted de Alberto. Valiente ocioso aquel. En toser, escribir cartas insulsas a los amigos, y pensar en Alejandrina pasó la vida. ¿Y qué? No me diga, Inés, usted es una mujer demasiado inteligente, para creer en serio que

“La Relación” es una obra importante, y que la señora Craven vivirá como escritora.

—Vive y vivirá, Roberto. No entre la multitud inmensa del vulgo lector; pero tendrá siempre su culto y su capilla en un grupo de devotas que han recibido y recibirán su influencia.

—Dejemos este tema, Inés, porque vamos a pelear... Dígame usted ahora, ¿por qué no fue el domingo a la Magdalena a ver correr a Lulú? Hizo una carrera espléndida: un minuto y cuarenta y ocho segundos. ¿Cómo le parece?

Se comprimieron los labios de ella como para detener la palabra que venía, mientras sus dedos finos torcían levemente el apagador para atenuar la luz...

Tenía razón la señorita: la señora Craven vive en las páginas de su obra capital, “La Relación de una Hermana”, su influencia se ha prolongado en ciertos remansos de las nuevas generaciones, a pesar de las inevitables mudanzas que imponen los tiempos y las modas; y el recuerdo de las gentes cuya vida relató con inimitable sencillez y limpio estilo, está presente muchos años después de cumplida su desaparición de la escena de este mundo pecador e inestable.

Paulina de la Ferronnays, más tarde Mrs. Craven, nació de una familia de aristócratas franceses en la emigración en el año de 1808. Su padre, el conde Augusto de la Ferronnays, ejerció cargos diplomáticos de importancia bajo la Restauración. De ahí que en los libros de su hija se encuentren con frecuencia reminiscencias de su paso por los países que entonces visitara. Italia, sobre todo, fue para Paulina fuente constante de emoción artística; motivo especial de exaltación para su fe católica. Su fe religiosa que constituyó el eje de su vida.

La caída de los Borbones hizo que el señor de la Ferronnays dejara la carrera y se retirara a vivir en Nápoles, donde su hija Paulina contrajo matrimonio con Augusto Craven, agregado a la Embajada británica en esa corte.

Los viajes, un ambiente familiar muy distinguido, una educación muy esmerada, despertaron en Paulina de la Fe-

ronnays, desde temprano, la vocación literaria. La costumbre, muy en boga entonces entre señoritas de clase alta de llevar diario, y sobre todo la necesidad de sostener correspondencia epistolar con parientes y amigos, afinaron el estilo e hicieron cada día más suelta y elegante la pluma de la escritora que en 1866 obtuvo para su obra publicada en aquel año, “Le récit d’une Soeur”, los laureles académicos que tan sobriamente discierne la casa de los inmortales, y con los cuales volvió a coronarla, cinco años después en su novela “Fleurange”.

Reveses de fortuna la obligaron a distraer parte de su tiempo, consagrado a su vida discreta de devoción y de intimidad familiar, para dedicarlo a aliviar con el trabajo de su pluma el presupuesto de su casa, de la cual no estuvieron jamás ausentes los menesterosos. Como en otros muchos casos, tenemos en éste, que los apremios del vivir cotidiano son feliz acicate para el genio, y se hacen, quizá sin quererlo, copiosos contribuyentes en la escudilla de las letras.

La época en que corrió la juventud de la señorita de la Ferronnays, estuvo alumbrada por las hogueras de disputas religiosas de alto vuelo. Las conversiones y las apostasías del siglo XIX tienen caracteres harto diferentes a las ocurridas en siglos anteriores. El golpe de gracia juega ya un papel menos que mediano. No cae ya el caballo del perseguidor en el camino de Damasco, ni se levanta de la caída el jinete transfigurado. Por senderos de estudio y de angustia camina largos años el gran fellow de Oriel, hasta llegar lenta, dolorosamente, a la comprobación de la verdad, arrastrando en su conversión al grupo más selecto de la iglesia anglicana; en tanto que del otro lado del Canal, en medio de una borrasca ideológica formidable, Lamennais, hijo de la provincia más católica de la católica Francia, se aparta para siempre de la Iglesia romana. Bretona también, Paulina de la Ferronnays, se interesó vivamente en los ardientes debates religiosos que agitaron aquellos días, y en sus libros queda huella de ellos, principalmente en “Natalia Narishkin”, en “Dos incidentes de la cuestión católica

en Inglaterra”, y en “Lady Georgina Fullerton”, obra de su ancianidad consagrada a hacer conocer del público latino, y honrar de todos, la vida y la obra de una convertida, su amiga dilecta, la ilustre autora de “Ellen Middleton” y de “Grantley Manor”.

En la traducción que para el “Repertorio Colombiano” hizo don Carlos Martínez Silva, gustaron nuestras madres “La Relación de una Hermana”, y se cuidaron luego de que sus hijas la leyeran en la edición francesa. Fue sobre esta generación nacida al rededor de 1880, sobre la que ejerció el libro mayor y más duradera influencia. Para apreciar el significado de tal influjo habría que conocer lo que han sido estas mujeres como valor intelectual y lo que representan ellas como aporte moral en nuestra sociedad. Libro ejemplar y bello sería en verdad el que supiera llevar al lector la impresión nítida y precisa de la vida discreta y profunda del grupo de señoras de Colombia que hallaron en “La Relación de una Hermana”, campo de cita para sus afinidades, programa de vida cristiana dentro del mundo; libro que enseña amable y útil la existencia sin borrar de la lontananza del paisaje la fatal escollera de la muerte.

¡Bello libro sería! Pero es de los que no se escriben porque los libros los hacemos casi siempre los hombres, y en sus páginas tienen preferencia nuestras gestas ruidosas y huecas, sin que reservemos mayor espacio para esas vidas silenciosas y fecundas sin las cuales no podríamos existir nosotros, pero que un viejo y sórdido egoísmo nos obliga a considerar como inferiores.

Prueba evidente de qué tan duradera e indeleble ha sido la huella de aquella influencia la encontramos en los párrafos que copio en seguida, tomados de carta que desde Tokyo dirige a una amiga, una de las mayores devotas de la señora Craven.

“... hoy sólo quiero mandarle a Tomás algunos daticos sobre Madame Craven que junto con los que fueron en carta anterior espero le lleguen a tiempo y le sirvan para su escrito sobre el centenario de la muerte de Alberto de la Ferronays.

“Madame Craven, que contaba entre sus amigos a Gladstone y a Palmerston, a los Cardenales Newman y Weismann, a los padres Lacordaire, Ravignan y Faber, al Santo Padre; que hacía parte de la más aristocrática sociedad inglesa y francesa, tuvo la rara condición de hacer sentir *a son aise* a cuantas personas se le acercaban, personas muchas veces inferiores a ella en rango, distinción, inteligencia, virtud y maneras de gran señora. En su trato con ella nadie se sentía humillado o cohibido. Tuvo horror de hablar de sí misma; horror exagerado, en mi opinión, pues con ello nos ha privado de leer sus preciosas cartas y de conocer sus impresiones, sus tristezas, sus alegrías y sus éxitos. Por ejemplo, en la relación sólo figuran dos cartas de ella! después de haber escrito cosa de dieciséis libros; ya al fin de su vida quiso escribir el último y llamarlo “Le chemin parcourri”, es decir, un resumen de su vida, pero luego creyó que era más útil escribir “La vida de lady Georgina Fullerton”, y fue esta su última obra. Margarita Holguín debe tener muchos datos sobre el asunto, pues conoció en París a los de Mun, hijos de Eugenia de la Ferronays. En fin, no continuó porque no acabaría y porque habrán leído “La Vida de Madame Craven” por el Conde de Falloux. De Madame Craven dijo alguno de esos personajes que he nombrado, que era la mujer más inteligente que él había conocido en su vida. Helena Schloss ha dicho que “La Relación” es como “La Imitación de Cristo”, que en donde quiera que se abra se encuentra algo bello y útil.

“Aunque Boury pasó a manos extrañas desde 1848, los nuevos dueños siempre han rodeado de respeto y de cuidado las tumbas que este castillo encierran”.

Fue en Roma en 1832, donde Alejandrina, hija del conde D’Alopeus, diplomático sueco al servicio de Rusia, conoció a Alberto de la Ferronays. Ese primer encuentro decidió del porvenir de ambos. De allí arranca el idilio que corre por las páginas de “La Relación de una Hermana”. En 1834 se realizó el matrimonio, y dos años después, el 29 de junio de 1836, se quebró el frágil vaso que contenía el alma férvida de Alberto. Su cuerpo fue llevado al cementerio

de Boury; al lado de su tumba, quedó abierta la de Alejandrina, quien llegó a ocuparla al cabo de doce años de ansioso esperar. "Les voilà donc reunis"...

Es un bello libro el que contiene esa historia de amor y de fe. Libro de singular intensidad y de emoción, verdadera dentro de la más perfecta sencillez. De nuevo quisiera verlo en manos de las mujeres colombianas, ajado por un uso frecuente y cariñoso como ciertos ejemplares que conozco, inspiradores de esta breve página que, chambergo en mano, pongo a los pies de las *señoritas* de mi tiempo.

TOMAS RUEDA VARGAS,
Consiliario y Colegial de
este Colegio Mayor.



Víctor M. Londoño

En 1896 se publicaba, en esta ciudad la "Revista Colombiana", que duró poco tiempo, como tantas otras que han aparecido en Colombia. En una de sus entregas, apareció un soneto firmado por un poeta desconocido: Víctor M. Londoño. El soneto se tituba "El Triunfo" y llamó la atención. Cuando Enrique Alvarez Henao publicó "La abeja", se juzgó que eran dos poesías gemelas, dos preciosas miniaturas trabajadas con arte exquisito en las que palpitaba un vivo sentimiento de la naturaleza y una feliz intuición del simbolismo, que ofrece una interpretación poética de los seres que pueblan el mundo visible.

Pocos meses después desapareció trágicamente de la vida José Asunción Silva y en medio del estupor que produjo tan doloroso suceso, se levantó la voz de Londoño, para entonar un himno en loor del poeta. Porque esos versos no constituyen una elegía. Londoño no llora la muerte del cantor genial dei "Nocturno", lo glorifica, esculpiendo su